



Universidad Pedagógica Experimental Libertador
Vicerrectorado de Investigación y Postgrado
Instituto Pedagógico "Rafael Alberto Escobar Lara"
Subdirección de Investigación y Postgrado

LOS ANDES: GÉNESIS DEL CULTO BOLIVARIANO **- Reflexiones de un modesto Bolivariólogo -**

Autor: José Rondón Narváez

ronajota@hotmail.com

Universidad Pedagógica Experimental Libertador (IPMAR)

Maracay - Venezuela

PP. 62-85





LOS ANDES: GÉNESIS DEL CULTO BOLIVARIANO

- Reflexiones de un modesto Bolivariólogo -

José Rondón Narváez

ronajota@hotmail.com

Universidad Pedagógica Experimental Libertador (IPMAR)

Maracay - Venezuela

Recibido: 31/01/2014

Aceptado: 09/06/2014

Presentación

*Si algunas personas interpretan mi modo de pensar
y en el apoyan sus errores, me es bien sensible, pero inevitable;
con mi nombre se quiere hacer en Colombia el bien y el mal,
y muchos lo invocan como texto de sus disparates.*

Simón Bolívar

Carta a Antonio Leocadio Guzmán (6 de diciembre de 1829)

[Obras completas, vol. IV p. 140]

Del empleo político de Simón Bolívar se ha hablado ya mucho y se ha escrito menos, aunque nunca en la misma proporción. Sin embargo, a pesar de la profusión de planteamientos acerca de su vida y obra, al parecer no ha sido suficiente aún, en tanto su figura representa una de las amalgamas más significativas de nuestra identidad como nación. En relación antagónica con, las singulares declaraciones del historiador Morón (2010) quien afirma lapidariamente que “toda investigación sobre Bolívar ya fue hecha”. En contraste, Iturrieta (2013) pareciera replicar: “Sobre Bolívar no se ha dicho la última palabra [...] La diversidad de fuentes y las interpretaciones aconsejadas por el avance de la historiografía conducen a una revisión de la obra del notable personaje.”

Estudios biográficos, monográficos, y de los más diversos géneros acerca del personaje atiborran estantes completos de librerías y bibliotecas. Cualquier servidor *on line* nos informa sobre decenas de miles de referencias sobre Simón Bolívar en todos los idiomas. Temáticas de cualquier naturaleza y aspectos tan pintorescos – e





incluso inverosímiles- como las edificaciones en las cuales habitó, los perros y caballos y hasta la indumentaria que usó y poseyó. A pesar de toda aquella profusión de información bolivariana, en no pocos ensayos y monografías, una cierta retórica genérica y superficial ha pretendido suplantar un riguroso análisis, soportado en argumentos más o menos sólidos y coherentes.

Los estudios bolivarianos se han nutrido pues, tanto de las inevitables y veladas posiciones subjetivas de sus respectivos autores, como de las más abiertas posturas de militancia doctrinaria y proselitista. La actual atmósfera epistemológica propicia a la impugnación de la objetividad del conocimiento y a la develación de fines mercantiles y utilitarios que -en no pocos casos- éste comprende, favorece la revisión de la figura del Simón Bolívar que se ha dado a conocer. Esta figura precisa ser sometida también a diversos tratamientos de acercamiento, erudición y criticidad.

De esta manera, en tanto los estudios bolivarianos no están inmunes a toda suerte de controversia, ensayamos -como *bolivariólogos* en ciernes- nuestras reflexiones sobre el génesis del llamado culto bolivariano. Estas reflexiones, modestas, y aún no conclusivas, tratan de trascender los estrictos e incluso ortodoxos esquemas de un anecdotario biográfico o de las opiniones de los más reconocidos cultores del héroe, para reflexionar sobre el empleo de la figura de Simón Bolívar en la dimensión de las representaciones simbólicas traspoladas al terreno de la política. Para comprender la dimensión más amplia e inclusiva de una verdadera mitología política que encierra, amén de los elementos inherentes al culto mismo, su configuración utilitaria como fundamento y condición legitimadora de un determinado orden político, y consecuente modelo de moralidad ciudadana.

Configuradas dichas representaciones a partir de la convergencia, anudamiento y/o asimilación simbólico-mitológica (propios del imaginario colectivo), y de los contenidos ideológico-culturales (dispuestos por el aparataje político-institucional). Se cruzan así, de una manera singular, en una suerte de compleja hibridación, una figura de Bolívar que empieza a ser cultivada, más o menos de forma espontánea en sectores populares, y una figura del héroe que paralelamente empieza a ser promovida de manera oficial por las instancias de poder político. Convergen en este caso lo que Castro Leiva (1999), llama respectivamente "*rememorización folklórica y rememorización*





oficial; (p. 118) mientras que Carrera Damas (2013), lo inscribe en el proceso de conversión del *culto de un pueblo* en un *culto para un pueblo*. [Itálicas originales]. (p. 277)

Dada la naturaleza de los mitos en la dimensión política, es ineludible transitar por la figura misma del héroe en el imaginario popular. Sin embargo, sólo bordeamos estos predios sin profundizar sobre el alcance y/o significación de este imaginario, visto a través de diversos rituales y demás formas de representación simbólica, en diferentes épocas y colectividades. No es éste por demás un trabajo de naturaleza etnográfica-cualitativa, según las líneas trazadas por las investigaciones de Salas de Lecuna (1987) y Pollatk-Elzt (1999). Sin desmeritar en modo alguno, los aportes de ambas con respecto a la mitificación del personaje en el imaginario popular. Pretendemos entrelazar la interpretación socio-política, conforme al análisis histórico, con la de los imaginarios, propio de la antropología cultural. Se presenta además esta versión como anticipo inicial de una investigación, que aspiramos ubicar en un contexto mucho más amplio, sobre lo que hemos denominado *Mitología Política Bolivariana*, según lo señalado anteriormente.

Partimos del hecho que aún en la vida del personaje comienzan a manifestarse actitudes espontáneas y populares que parecen iniciar las formas primigenias del culto bolivariano. Y si bien, es precisamente en Venezuela donde éste –ya apropiado y oficializado- habría de alcanzar sus mayores niveles de realización, es en los Andes centrales, correspondientes a los actuales territorios de Perú y Bolivia, en donde parece articularse de manera irreversible toda su inicial puesta en escena. La coincidencia de factores socio-políticos, culturales e incluso personales, escenificados en aquella cordillera en 1825, especialmente en el Cuzco, harán de aquella experiencia un caso inédito y sin parangón. Habitados por grandes poblaciones de quechuas, aimaras y cholos, con sus prácticas y elementos culturales ancestrales, aquellos escenarios eran terreno fértil para abonar heterogéneas formas de sincretismo. La travesía de Bolívar por la altiplanicie incaica coincidía con las festividades autóctonas del culto solar – *Inti Raimy* en quechua - correspondiente al solsticio de invierno. De manera que tales actitudes de veneración popular, en esta inédita especie de sincretismo, van configurando los elementos mítico-rituales de un culto bolivariano. El cual, aunque en estado originario y/o larvario, se manifestará interrumpidamente, adoptando representaciones simbólicas y formas devocionales vernáculas, según la idiosincrasia y circunstancias socio-políticas de cada pueblo. Prácticamente





sin solución de continuidad, hasta su definitiva apropiación oficial por parte de las nuevas élites de poder, usufructuarias del orden republicano.

Una auténtica disposición investigativa soporta nuestros argumentos y reflexiones, evitando caer en las pretensiones del especialista, pero tampoco en las inconsistencias del lego. Más bien, en un nada fácil ejercicio de equilibrio, transitamos ambas posiciones. De allí que para la realización de este ensayo se hayan revisado alrededor de una docena de biografías, así como otros géneros como el ensayo y la monografía, en diferentes ediciones disponibles. Procurando posicionar nuestras reflexiones en las coordenadas de análisis establecidas ya por otros autores, obligado es referir en esta específica área, la ya clásica obra de Carrera Damas (años 2013 y 1969); y la de Pino Iturrieta (2006). Considerando que la indagación del culto bolivariano comprende además el conocimiento de las propias circunstancias de vida del personaje, apelamos también al género biográfico. En atención al rigor historiográfico en el cuidado y empleo de sus fuentes, privilegamos en tal sentido los trabajos de Hispano, (2007); Polanco Alcántara. T. (1994); Libermann; J. (1991); Larrazábal, F. (1983); y Mijares, A. (1983). Nos declaramos pues, tributarios de autores más o menos reconocidos *-auroritas-* en estas temáticas, a fin de sustentar nuestras propias reflexiones. Aspirando de esta manera, que las mismas no sean calificadas de huérfanas o peregrinas. Dentro de coordenadas mucho más ortodoxas de investigación, con respecto a la metodología científica, esto comprendería una suerte de marco teórico. Para resarcir al lector crítico y/o curioso, empleamos algunas notas para referir autores que nos sirven de apoyo, también para estimular la profundización sobre aspectos afines o apenas por nosotros esbozados.

Reflexionar sobre el personaje será siempre ocasión propicia para abultar deliberadamente todo lo que se escriba sobre él. Esto, dada la prolijidad de información sobre el mismo, además de su propia y extensa producción de documentos, en formatos de cartas, manifiestos y demás documentos públicos. En tal sentido, nos hemos propuesto ser más bien parcios en la selección y empleo de las citas textuales, sorteando la tentación de extractar de manera extensa *-por su misma importancia-* todo lo que hubiésemos querido. Sin dejar de advertir, como antes apuntábamos, acerca de la exigencia y condición de las respectivas fuentes documentales. Creemos de esta manera, haber evitado el abusivo uso de largas transcripciones textuales, limitándolas en lo posible, y extractándolas cuando su rigurosidad y naturaleza así lo han requerido. El ensayo se presenta en cuatro partes *-incluyendo presentación*





y *epílogo*-, obedeciendo más a razones de forma y estilo, que a estrictas disposiciones metodológicas. También por cuestiones de estilo, el inicio de cada una de éstas se adorna algunos epígrafes extractados de La Biblia, y otros del propio documental del personaje.

El Libreto

No hagas ningún ídolo ni nada que guarde semejanza con lo que hay arriba en el cielo, ni de lo que hay debajo de la tierra, ni lo que hay en el mar, debajo de la tierra./
No te inclines delante de ellos, ni le rindas culto (...)
Deuteronomio 5: 8 y 9

Si bien no sería muy original referirse al empleo de Bolívar como una figura cuasi-religiosa, es preciso no desestimar los elementos de litúrgicos-ceremoniales, simbólicos y psico-emocionales que comprende la apropiación y utilización de la mencionada figura, ya en la específica dimensión política. Entendiendo estos elementos como entremezclados –a veces de manera velada- en la promoción de una religiosidad laica, de manera oficial. Asimismo, se enfatiza desde el punto de vista del análisis de la cultura política, la importancia de la religión como factor de cohesión social y soporte de identidad colectiva; en el caso de Bolívar, de la identidad nacional^{*.1}

Según los variados enfoques de la *antropología cultural*, pareciera ser una constante que determinadas creencias, entre ellas las que aún no están representadas en un símbolo concretamente definido, tengan en los pueblos que no han desarrollado formas complejas de escritura su mayor permeabilidad o impacto, así como un mayor radio de difusión. Comprendiendo además, la cohesión social y la dinámica histórico-temporal de aquellos pueblos. En estas circunstancias, los protocolos de la transmisión

* Investigación realizada por el autor, durante los años 2011 y 2013, para la administración de la asignatura *Presencia Cultural Bolivariana*, correspondiente al diseño curricular de la *Universidad Pedagógica Experimental Libertador*; arrojó que de más de mil instituciones educativas y/o dependencias administrativas, en su mayoría de carácter oficial, cerca del noventa por ciento (95%) exhibían alguna figura de Simón Bolívar al lado de los respectivos símbolos patrios. [Esto, aunque dicha figura no es oficialmente un símbolo patrio. Hay una *legislación sobre el uso del nombre, la efigie y los títulos de Simón Bolívar*]





oral resultan privilegiados sobre otras formas de difusión y registro documental. Desde esta perspectiva, la figura de Simón Bolívar estaba ya fijada en la memoria colectiva de muchas comunidades antes del establecimiento del culto oficial.

Precisamente, con respecto a los que pudiéramos llamar masas o comunidades populares – virtualmente al margen de maniobras de justificación político-ideológica- éstas conservaban, en virtud de su inmaterial patrimonio histórico y cultural, la leyenda de un personaje que en vida había abonado el terreno de una devoción popular. Surgida como genuina y espontánea admiración popular, esta leyenda, transmitida generacionalmente y madurada en el tiempo, configurará la forma genésica y la savia de una devoción mítica. Apunta Carrera Damas en este sentido, que la admiración popular fue “apenas mellada” por la reacción antibolivariana de 1830.” (op. cit. p. 268).

De esta manera, mitificación, leyenda, memoria e historia, confeccionan las suturas de una identidad popular que tendrán en la devoción al personaje un importante elemento identitario y de cohesión. Privilegiando en este sentido los registros memorísticos transmitidos oralmente a los cánones de veracidad de los registros documentales. Así pues, el culto al personaje histórico, transmutado en el imaginario popular en héroe y/o santo, no es una construcción exclusiva de la política oficial, ni franquicia de la historiografía épico-romántica del siglo XIX. Para la segunda mitad de ese siglo es cuando apenas empiezan a instalarse definitivamente -y de manera muy lenta- los dispositivos culturales y pedagógicos formales.

Ya para entonces, el sincretismo popular y la memoria colectiva habían producido, con respecto a la figura histórica Bolívar, formas propias de representación en paralelo a las proposiciones de aquella política y su historiografía. En 1832, (según Pino Iturrieta, 2006, p. 47), un grupo de campesinos, prácticamente desesperados por la creciente del río Apure, enarbola imágenes y otras representaciones de Bolívar en una suerte de procesión espontánea. Este acontecimiento nos muestra en efecto, cómo la figura de Bolívar había permeado el imaginario popular en una dimensión mítico-religiosa ya para en aquel tiempo.

Todo aquello habrá de servir como una suerte de fundamento, que proporcionará argumentos de la institucionalización oficial del culto, Que en representación de los personajes de la trama política de esos años, había dado inicio como operación político-ideológica, por muy diversas





motivaciones, no exenta las de carácter utilitario. Inclusive, y de manera paradójica, algunos de quienes habían actuado como sus más enconados adversarios políticos – rayando en la enemistad personal- aparecen ahora transformados en promotores de su memoria y defensores de lo que pudiera considerarse su legado. Pedro Carujo y José Antonio Páez además de haber nacido en territorio venezolano, compartirán ahora roles análogos en esta maniobra de transformación de la figura política de aquel.

Carujo, protagonista del fallido magnicidio en 1828, aparece tres años después, dentro de la jefatura de la llamada *Revolución Integrista*, la cual pretendía reivindicar la unión colombiana, como legado de su principal creador. Según Carrera Damas (op. cit.) esta revolución constituye ya para entonces una prueba “[...] de la vitalidad tanto de programa como de la figura del libertador fallecido.”(pp. 57 y 58). Páez por su parte, se convierte desde 1833 en uno de los más importantes patrocinadores de la repatriación de los restos mortales del Libertador, que yacían precisamente en Nueva Granada.

Observamos pues, en Venezuela, que escasamente a una década después de la muerte de Bolívar y la consecuente desmembración de Colombia, su figura se convierte en una suerte de tema común para las élites políticas que emergieron después de la ruptura del nexo colonial. Tanto para aquellas identificadas con los liberales, como aquellas identificadas con los conservadores. Más allá de brumosas y ambiguas consignas de carácter doctrinal, la imagen de Bolívar cubre el contenido del debate y las identidades políticas. Algunos de quienes en vida del héroe habían sido sus más enconadas rivales políticos se mostrarán ahora como absueltos de sus pasadas conductas, e incluso reivindicando lo que consideraron –de forma oportunista- el legado bolivariano.

Tenemos así, que para la segunda mitad del siglo XIX, están ya configurados los elementos, tanto de orden popular como oficial, para hablar de un culto a Bolívar. Aunque éste alcanzaría características de una verdadera mitología política en el período histórico dominado por Antonio Guzmán Blanco, coincidiendo con la estructuración de los elementos de un proyecto nacional, impulsado desde su institucionalidad política. Se amalgama la figura mítica del héroe con el imaginario de una identidad, ya en proceso de maduración, en correspondencia a la afirmación de un nuevo proyecto republicano, representado por el liberalismo amarillo, y su consecuente entramado socio-político.





El culto bolivariano promovido oficialmente en Venezuela por Guzmán tendrá su ocasión como factor de soporte y cohesión social, en el contexto de un incipiente –pero importante- impulso de una plataforma cónsona con el liberalismo-burgués que se desarrollaba en Suramérica. El también llamado *Ilustre Americano*, se ufanaba de estar emparentado con el mismo Libertador por su linaje con los Palacios, y los Jerez de Aristigueta, aunque su madre –Carlota Blanco- sólo fuera parienta lejana de aquél. Sin embargo, esta suerte de prerrogativa genealógica también se sumó como potestad – a las muchas que ya tenía- para utilizar la figura de Bolívar hasta grados superlativos, inéditos para ese entonces en la historia del país. Enmarcado en la afrancesada atmósfera cultural del romanticismo de aquella época, y sus correlatos de historiografía épica, Guzmán exaltó la figura del héroe, consagrándola en los órdenes de la efemérides, la numismática y hasta la toponimia.

La llamada *apoteosis del centenario* representada para celebrar los cien años del natalicio de Bolívar; el decreto de repatriación de los restos desde Santa Marta, y la propia ejecución de tal medida; representan hitos en la configuración y desarrollo oficial del culto bolivariano. No obstante, reiteremos que si bien es precisamente en Venezuela donde este culto –ya apropiado y oficializado- habría de alcanzar sus mayores niveles de realización, es en los Andes centrales, correspondientes a los actuales territorios de Perú y Bolivia, en donde parece evidenciarse las formas genésicas de este culto.

El Personaje

*He pasado a todos los hombres en fortuna,
porque me he elevado sobre la cabeza de todos.*

Simón Bolívar

(Mi Delirio sobre El Chimborazo)
[Obras completas. vol. IV p. 368]

Abundantes testimonios - de contemporáneos y biógrafos- describen a un Bolívar como hombre de una gran sensibilidad social y vocación popular. “Bolívar era expansivo, bondadoso con sus inferiores, generoso hasta el exceso; vivía con sencillez [...] [J. B. Boussingault, *Mémoires*. Citado en Fillipi (1986) p. 226]. “Todos alaban su desinterés; su sueldo se destina en gran parte al pago de pensiones que él asigna a las viudas y a los hijos de militares muertos en combate”. [H. Theodore Mollien, *Voyage dans*





la Republique de Colombia. Fillipi (Op. cit. p.224]. Esto, incluso a contrapelo de sus propios prejuicios aristocráticos y a la mentalidad imperante en su época. Sumando aquellas actitudes a su propio carisma personal, así como a las particulares condiciones de privación económica y de convivencia con sectores humildes, por las cuales atravesó circunstancialmente en su vida política, es comprensible que su imagen como hombre desprendido y generoso tendiera a fijarse en los sectores populares. Considerando en este sentido las particularidades de los conflictos sociales que implicó la lucha por la emancipación y el subsecuente establecimiento de la república.

Configurándose de esta manera, y aún estando en vida el personaje, la semilla posterior de la referida devoción popular. Esto incluso a pesar de una manifiesta vocación autocrática, que según aquellos mismos testimonios, permanentemente manifestó. Diferentes testimonios, también de contemporáneos y biógrafos, coinciden en caracterizar a Bolívar con rasgos de una personalidad extrovertida, y de una exacerbada teatralidad, rayando incluso -ocasionalmente- en los límites de la extravagancia. Esto merece destacarse, en virtud de algunos escenarios de su acción política, en los cuales el personaje exhibió sus mejores muestras de extravagancia y ceremonial histrionismo. Escenarios escogidos quizá al azar, pero que con el pasar de los años, adquirirán una nueva significación de singular impronta bolivariana.

Los peculiares performances histriónicos escenificados por aquél en Roma, Caracas, Angostura y Bogotá -a pesar de las objeciones sobre el rigor y veracidad de los mismos- serán revividos en Arequipa, El Cuzco, La Paz, y El Potosí. Ahora en plena metamorfosis hacia convertirse en el hombre más poderoso de la América meridional. A diferencia de aquellos, estos escenarios andinos comprendían una escenografía de suntuosas edificaciones y palacios imperiales pre-colombinos, así como una significativa población indígena, que por su número y ancestral arraigo cultural, sólo era comparable con la del ex virreinato de Nueva España.





La Puesta en escena

Todos tenemos nuestra sombra
divina o heroica que nos cubre
con sus alas de protección
como ángeles guardianes
Simón Bolívar

Carta a José Joaquín Olmedo (27 de junio de 1826)
[Obras completas. vol. II. P. 245]

Varios autores, [Pino Iturrieta (2009) pp.85 y ss.] han señalado y enfatizado la importancia de la experiencia vivida por Bolívar en las Antillas para la madurez de su pensamiento socio-político, así como para las consecuencias ulteriores de la lucha por la emancipación en tierra firme. Herrera Luque la ha calificado como una *metanoia* [p.33]. Ramos (1992) ha desarrollado en su libro de qué manera la experiencia antillana fue una etapa decisiva para el proceso político del Libertador. Significarán importantes lecciones, en cuanto a las motivaciones de orden sectario y personalista por parte de sus pares republicanos, sumado al conocimiento directo del ingrediente étno-racial, como argumentos no contemplado inicialmente en su libreto de república. Hasta ese entonces, era un desconocido teatro socio-político y cultural, con protagonistas pertenecientes a lo que dentro de su imaginario de mantuano eran llamados las *castas* y los *colores*. De igual manera *-mutatis mutandi-* a partir de 1819 Bolívar incursiona y actúa en escenarios, encarando tramas y actores, todos novedosos para él.

Entra en Cundinamarca y libera prácticamente todo el resto del virreinato neogranadino. Después de anexionar Guayaquil a la recién creada República de Colombia, se traslada a El Perú, libera a Lima y el resto de las provincias de ese virreinato. Todo esto significarán realidades socio-políticas y culturales inéditas para él. Se cruzan simultáneamente una serie de acontecimientos en el orden socio-político que tendrán una expresión correlativa en el orden simbólico. A saber, su propia odisea al frente de sus tropas por parajes de la cordillera andina, prácticamente nunca antes transitados; la exitosa campaña de liberación de Nueva Granada y el Perú; la afición casi mortal vivida en Pativilca; y finalmente la fundación de Bolivia. Representa esto un Bolívar que realiza un original peregrinaje, durante el cual vence a Los Andes, engaña a la muerte, y funda un orden, consumado en una república con su nombre. Digamos que calza perfectamente con lo que Jung (1969) entre otros autores, conceptualiza como *el arquetipo de héroe*.





Será objeto de las particulares expresiones del reconocimiento oficial y la devoción popular durante su permanencia y travesía por estos pueblos y ciudades andinas. El cenit de su gloria política lo experimentaría en Lima, Arequipa, El Cuzco, La Paz, y Potosí, rebasando con creces lo que pudo haber vivido en Bogotá, y menos aún en Caracas. Durante su permanencia en las ciudades y pueblos del antiguo virreinato peruano (entre los años 1824 y 1826) vivió entre los derrochados deleites del sibarita, y las angustias y turbulencias de una agitada vida política, en la cúspide de una gloria no alcanzada por ningún otro mortal. En este capítulo de su vida, y después de la Batalla de Ayacucho, llegó a ser el hombre más poderoso de la América del Sur. Sin fingida exageración, Pino Iturrieta (2009, p. 4) ha afirmado que Bolívar llegó a ser más poderoso que el mismo rey de España.

Fue capaz de imponer su voluntad sobre sectores de la sociedad como jamás la pudo imponer aquel monarca. Varios de quienes le conocieron y acompañaron por aquellos años testimonian la proyección histórica del político y el aura del héroe. Boussingault, asevera: “El general se hallaba entonces en todo el esplendor de su fama. Su poder era casi ilimitado. Habitualmente llevaba un traje que recordaba el uniforme preferido de Napoleón, el de los granaderos de la guardia imperial.” (p.226). Coronado todo este predicamento -y como veremos seguidamente- con el hecho de ver constituida una república con su nombre.

La combinación de factores socio-políticos y culturales visto desde su propia escena y en especial en el Cuzco hicieron de aquella experiencia un caso inédito y sin correlación. Habitados por grandes poblaciones de quechuas, aimaras y cholos, con sus prácticas y elementos culturales ancestrales, aquella cordillera representaba terreno fértil para abonar heterogéneas formas de sincretismo. Probablemente, aún la memoria colectiva de aquellas comunidades conservaba las impresiones de la rebelión que hacía escasamente medio siglo había levantado Tupac Amarú, transfigurado ahora en la imagen de un nuevo *libertador*.

Bolívar se encontraba en el cénit de una gloria y un poder como ningún otro gobernante -antes o después-. Circunstancia propicia para que dictara una serie de medidas reformistas de importante significación social y popular, especialmente para los sectores indígenas. Aunque con el transcurrir del tiempo, tales medidas serán ahogadas antes de ejecutarse. Mientras reconocía el paisaje de la mítica altiplanicie incaica, Bolívar recibe la arenga de un descendiente de los habitantes





originarios de aquellas tierras. En las adyacencias del Cuzco –en Pucará – José Domingo Choquehuanca, legará a la posteridad las siguientes palabras: “[Dios] ha tenido piedad de la América y os ha creado a vos, el hombre de un designio providencial [...] Nada de lo hecho antes de vos se parece a lo que habéis hecho [...]” (En *Bolívar: Documentario de la libertad*, t. 28 p. 5)). Entrado en el Cuzco recibe las honras reservadas a una deidad, y a lomos de la gloria, se dirige al palacio de la municipalidad, cabalgando un caballo enjaezado con piezas de oro, preparado especialmente para la ocasión.

Visita el mítico Templo del Sol –el sagrado *Cori Cancha* para los indígenas- en el tiempo justo en que la perpendicularidad de los rayos del sol provocaba un extraordinario espectáculo de luz, que sólo se repetía una vez al año. Circunstancia propicia que rodeaba con un aura mítica el recibimiento del héroe en ese recinto. Hispano (2007 p. 146) detalla la disposición suntuosa del templo para esta recepción, con la colocación de diversas ofrendas, en recipientes de piedras y metales preciosos. Todo al pie de un altar coronado por troncos de oro en los que yacían sentadas momias pertenecientes a la realeza inca. O’Leary, quien por años fue su edecán –quizá arrebatado también por esta atmósfera- cree ver la Roma de Rómulo, Augusto y Pompeyo en los fastuosos templos y palacios de la antigua ciudad imperial. (Citado por Libermann, 1991, p. 768).

Por el contenido de sus cartas, oficiales y personales remitidas desde el mismo Cuzco, se manifiesta impresionado y conmovido. A Santander escribe que “Los pobres indígenas se hallan en un estado de abatimiento verdaderamente lamentables. Yo pienso hacerles todo el bien posible.” (Obras completas vol. II p. 247). Consecuentemente, decreta la abolición del cacicazgo y el servicio personal de los indígenas; la creación de escuelas, hospicios, y otros centros de atención y enseñanza; así como la redistribución de bienes de órdenes religiosas. Bien que tocaban elementos estructurales, no fácilmente transformables, estas medidas no pasarán de representar una epifanía, que llenará fugazmente de ilusión a sus destinatarios. Una vez terminada la gira del Libertador, las elites herederas del orden republicano, abortarán la ejecución de estos decretos y respaldarán la devoción al héroe en tanto no trastocara dichos elementos estructurales.

Una asamblea constituyente reunida en el Alto Perú lo hará epónimo de la naciente república, posteriormente llamada *Bolivia*. De Lacroix (2007) nos dice, que el Libertador le deleitaba comparar la mayor sonoridad y armonía





del nombre de ésta con su homóloga Colombia (p. 91). Llegó incluso a considerar este homenaje superior al tributado a Alejandro, Rómulo y César, ya que mientras ellos habían fundado ciudades con su nombre, mayor era el honor que todo un país llevara el suyo. Ser epónimo de toda una república significaba pues la cumbre de un reconocimiento no alcanzado por ningún otro personaje de la historia moderna. De manera que todas estas manifestaciones representan actitudes de reconocimiento oficial y - trascendentalmente - de veneración popular, que en una inédita especie de sincretismo, van configurando los elementos mítico-rituales de un culto bolivariano.

El cual –y como antes señalábamos- se mostrará la aceptación de representaciones simbólicas y formas devocionales vernáculas, según la idiosincrasia y circunstancias socio-políticas de cada pueblo. Prácticamente sin solución de continuidad, hasta su definitiva apropiación oficial por parte de las nuevas élites de poder. Éstas aprovecharán aquellos elementos en virtud de la imperiosa necesidad de llenar el zócalo fundacional de la república de nuevos contenidos simbólicos. Sin embargo, no era original esta práctica de fusionar las manifestaciones religiosas vernáculas con la devoción a una autoridad política, al cruzar deliberadamente las francas expresiones de aquella, con la coactiva o forzadas fórmulas del reconocimiento al héroe y/o caudillo.

No obstante, el caso de la travesía de Bolívar por los andes peruanos – transmutado en Libertador- parece haber sido original en la historia moderna, en tanto la singularidad de la coincidencia de su visita con las celebraciones espontáneas de la religiosidad autóctona. Recibiendo de manera simultánea, tanto el reconocimiento oficial, como los vítores y la aclamación popular. Constituyéndose él mismo, más allá de una brumosa abstracción, en un argumento tangible para la legitimación del orden naciente.

Otras figuras históricas que experimentaron situaciones análogas, ejecutaron el rol de conquistadores, a la cabeza de ejércitos invasores con planes anexionistas, pretendiendo someter a poblaciones enteras, desplegando grandes carnicería y crueles ejecuciones. Alejandro Magno se hizo adorar como hijo del dios Ra al conquistar Egipto; Antíoco Epífanés ofreció sacrificios considerados paganos al ocupar el templo de Jerusalén para ungirse como una deidad; y de maneras más o menos similares, los emperadores romanos se hicieron adorar oficialmente como dioses. En tiempos





modernos, Napoleón se hizo coronar como emperador en la Catedral de *Notre Dame*. No poca cosa debió significar en el género de estas tradiciones que Bolívar se presentara con el aura de un libertador.

Las celebraciones de reconocimiento y gloria que se esmeraron en rendir -en vida a Bolívar- Lima, Arequipa, El Cuzco, y Potosí, no tuvieron parangón con la que le fue tributada en ningún otro pueblo o ciudad suramericana. La obra de Blanco y Azpurúa (1978) testimonia en tal sentido la resolución de la Municipalidad del Departamento del Cuzco, el 3 de Enero de 1825. Esto, después de difundirse la noticia de la Batalla de Ayacucho el año anterior, y a propósito del anuncio de la visita de Bolívar a aquellas regiones ese mismo mes de 1825:

[...] se erigirá una gran pirámide en la plaza Municipal de esta ciudad, sobre cuya cúspide se colocará el busto del Supremo Dictador, con esta inscripción: Los hijos del Sol à su libertador, al genio del Perú, al Gran Bolívar. Su memoria llevará consigo las edades del Perú.[...]El busto del Libertador se conducirá en triunfo desde el antiguo templo del Sol, para colocarlo bajo el dosel de la sala Municipal, con este mote en su pedestal: El Cuzco declara ante el Perú y à la fas(*sic*) de toda la tierra y reconocimiento al inmortal Bolívar.

Paralelamente a kilómetros de distancia, el Congreso del Perú reunido en Lima, en sesión del 12 de febrero de 1825, acordó "*abrir*" una medalla en honor a su Libertador. Y en el numeral 2° de esta resolución, acordó: "Se erijirà(*sic*) en la plaza de la constitución un monumento con la estatua ecuestre del Libertador, que perpetúe la memoria de los heroicos hechos con que ha dado la paz y la libertad al Perú." (En *Bolívar: Documentario de la libertad*, 1983, t. 18 p. 58)

Bolívar es en ese momento estelar la figura más representativa de la ruptura del nexo colonial en Suramérica, asimismo la encarnación de deseos y aspiraciones de muchos sectores. Desde aquellos que pretenden y quieren ver en la figura del personaje la consolidación y desarrollo de los nacientes establecimientos republicanos, hasta los que sólo anhelaban un mínimo de mejoras en sus condiciones socio-económicas, y el reconocimiento social. Amén de las consideraciones sobre la trascendencia, proyección inmediata y/o alcance de estos acontecimientos, así como la fragilidad inherente al ensayo republicano, la significación de todos estos elementos conjugados, ya en el





orden histórico, y en el orden simbólico configurará el génesis del culto al héroe.

Advertimos pues, la configuración de un tejido de significaciones -y su correlativo ordenamiento simbólico- en virtud del cual orientan sus acciones y se expresarán los términos de una integración, alrededor de la figura del héroe. En ese momento circunstancial, en ocasión de todos aquellos acontecimientos, pero que proyectados en el tiempo -en virtud de la memoria y la historia- establecerá los protocolos y circunscripciones del culto, así como la de sus oficiantes y feligresía.

Simultáneamente a la puesta en escena andina, el Congreso de Colombia decreta una ceremonia oficial, a celebrarse el 24 de junio de 1825, para conmemorar los triunfos de la Campaña del Perú y la definitiva liberación del virreinato. La Catedral Metropolitana de Bogotá será el recinto, y Monseñor Mariano Talavera el oficiante. El canónigo basó su discurso laudatorio en trazar forzados paralelismos retóricos entre Bolívar, y guerreros y profetas registrados en la Biblia. Exaltado como una especie de encarnación divina, Bolívar calificará en la misma progenie de Simón Macabeo, el rey David, y el mismísimo Jesucristo. De manera pues que mientras Bolívar interpretaba el drama de su propia divinización *mítica* en la altiplanicie andina, paralelamente y a kilómetros de distancia, otros actores hacían lo propio, sumando sus propias coreografías y argumentos.

Episodios más o menos similares se repiten durante los meses siguientes en las catedrales de Lima y demás poblaciones peruanas. Y como es de suponer -aunque no se reseñó el riguroso registro de ellos- en muchas otras iglesias de todo Perú y Colombia. En virtud de la intervención de algunos representantes de la Iglesia Católica, ésta parece determinada también a sumar su concurso en esta germinal forma de sacralización paralela del héroe, aunque sin un expreso pronunciamiento como parte de su política oficial. Demostrando de igual forma -una vez más- su permeabilidad y capacidad de sincretización con otras manifestaciones de religiosidad vernácula y laica, de tanta trascendencia y significación para las naciones y pueblos de este sub-continente.

Los constituyentes electos para dar forma jurídica a la recién proclamada República de Bolivia, solicitan que el mismo Bolívar elabore, según su personal saber y entender, la Constitución Nacional. Queremos también destacar esta particular circunstancia, ya que ningún otro cuerpo constituyente parece haber renunciado a sus propias funciones y facultades deliberativas, para delegar





en las manos de un solo hombre -y sus contados colaboradores- la elaboración del estatuto fundacional de su propia república. En los congresos constituyentes instalados en Angostura, así como en el de Cúcuta, instalado a propósito de la fundación de la República de Colombia, algunas de las propuestas de Bolívar fueron objeto de encendidas polémicas y abierto rechazo. Trocados en diputados, propietarios pertenecientes a la rancia aristocracia criolla y caudillos que luchaban por igualarle en capacidades militares y atributos de mando, habían boicoteado abierta y frontalmente las respectivas propuestas del personaje, que aún no alcanzaba las cimas del heroísmo.

Liberado eventualmente de toda aquella urdimbre de maquinaciones políticas y la virulencia de pasiones que había experimentado en otros teatros constituyentes, se aboca a la tarea de redactar -y pudiéramos decir según su propia inspiración- el llamado *Proyecto de Constitución de Bolivia*. Éste no sólo fue acogido casi de inmediato y de manera unánime por sus destinatarios, sino además fue reproducido y enviado a diferentes personalidades de Perú, Guayaquil, Quito, Nueva Granada y Venezuela. En este proyecto Bolívar plasma de manera indiscutible lo que, o bien no se había atrevido presentar, o bien no había logrado imponer, en los respectivos congresos de Angostura y Bogotá; a saber, la *Presidencia Vitalicia*.

Se trataba sin embargo, de una figura extraña a las formulaciones republicanas esbozadas para Suramérica por su élite ilustrada. Presidencia vitalicia, que aunque nominalmente procuraba conservar estas mismas fórmulas, por sus facultades y atribuciones se asemejaba más a una monarquía constitucional. El hombre más poderoso de Suramérica -para ese momento- parece inclinarse a la tentación de un poder cesáreo que gobernase un gran imperio andino, ataviado de presidente vitalicio. No en balde la punta del ovillo con el cual sus enemigos políticos tejerán una gran urdimbre de intrigas y maquinaciones, a la vuelta de los años, empezará con los motes del *Emperador de los Andes*; o *Simón I*. Cuestión que él mismo reiteradamente negó de manera pública. Pese a lo cual, no era de soslayar la significación que para el imaginario popular tuvieran aquellas representaciones de la política en tierras de míticos emperadores como Atahualpa y Manco Capac.

Potosí sería también importante escenario de toda esta apoteosis andina. Según Miller, coprotagonista de aquella puesta en escena -y a la sazón prefecto de la provincia- se dispuso todo el empeño oficial para la respectiva recepción al personaje. La casa habilitada para su alojamiento "... era entonces la mejor





y más suntuosa que había entre Lima y Buenos Aires”. [*Memoirs of general Miller* citado por Hispano Op. cit. p. 217]. Se trajeron de otros lugares finísimas vajillas, cristalería, bordados y manteles, sin dejar de igualarse en materia de comidas y bebidas. (Ibíd.) Años después – y quizá con un dejo de nostalgia- el mismo Bolívar recordaría los opíparos banquetes celebrados en su honor en aquella ciudad. Declarándole a Perú De La Croix que en uno de estos “... se habían gastado más de seis mil pesos.” (Ob. Cit. pp. 123 124).

Durante aquellos días recibió a los delegados de las *Provincias Unidas del Río de La Plata*, Carlos Alvear y José Díaz Vélez. Además de las formales saluciones diplomáticas, éstos venían a tratar importantes asuntos para el equilibrio geo-político suramericano. En primer lugar, un acuerdo sobre las recién liberadas Provincias del Alto Perú –territorio de la neonata Bolivia- y que según el principio del *utti possidetis juris* correspondería cierta jurisdicción a la república rioplatense. En segundo lugar, el ofrecimiento de que Bolívar pasase a territorio argentino para dirigir la guerra en contra del Brasil, que había invadido el territorio oriental de aquella república, y de esta manera afianzar la independencia en toda Suramérica. Aunque formalmente liberada del colonialismo español, la república argentina se hallaba sumida en un caos de anarquía y desintegración.

El poder político de Bolívar y la disposición de los ejércitos de Colombia y Perú, no sólo contendría la agresión del imperio portugués, gobernante en Brasil; de igual modo, el prestigio de su autoridad estimularía el alcance y significación del imaginario de república en aquellas provincias. Si bien esta propuesta finalmente no se materializaría, el hecho mismo no deja de ser significativo, en cuanto al reconocimiento y proyección del héroe, ya transmutado en héroe continental.

Esta parte del libreto parece simbolizarse cuando, el 27 de octubre de 1825 Bolívar, junto a su comitiva, ascienda al mítico e histórico cerro potosino. Orlado por las banderas reunidas de Colombia, Perú, Río de Plata y Bolivia, los actos allí celebrados, entre brindis y comida, representan *-ad litteram-* la coronación definitiva de una costosa cima. Precedida por una racha, prácticamente ininterrumpida de originales -e incluso espectaculares- victorias políticas y militares, que apenas habían comenzado unos seis años antes en los márgenes del Orinoco.





Durante su estancia en Potosí Bolívar lucía ya completamente sin bigote. Se había liberado de éste, quizá tratando de retardar un poco el raudo y precoz envejecimiento, que a sus cuarentidos años recién cumplidos, lo hacían lucir como un hombre envejecido y de mucha más edad. En un cuadro suyo, pintado ese mismo año en Lima por José Gil de Castro, se le muestra con los rasgos de la madurez, pero conservando todavía algunos atributos de la juventud. Cuadro en cuestión, obsequiado posteriormente a su amigo Robert Wilson con la siguiente acotación: "...me tomé la libertad de dirigir a Ud. un retrato mío hecho en Lima con la más grande exactitud y semejanza." (Obras completas, 2006, vol. II p. 314).

Consideramos pertinente referir este detalle personal, ya que por sí mismo colocaría en tela de juicio buena parte del caudal de imágenes que se han dado a conocer del personaje, tanto las que se presumen como legítimas, como las apócrifas. Sino además, porque la memorística iconográfica -oficial y popular- en virtud de la cual se dispensará el culto, se inclinarán a perpetuarlo todavía -y siempre así- como joven. No como un hombre viejo consumido por los años y derrotado en su particular batalla contra el tiempo. Del mismo modo, esta situación personal podría representar una característica del arquetipo de héroe que tampoco es vencido por el tiempo. Aun muriendo, lo hará conservándose todavía joven y en plenitud de facultades, y no en la senectud. Ya que los héroes no envejecen en la memoria, por esta misma condición, será también objeto de rememoración y devoción.

Dentro de las incidencias históricas, que en la vida del personaje se cruzan para la configuración de su culto heroico, importante es destacar que una vez concluido todo este apoteósico periplo por la altiplanicie andina, Bolívar recibe la visita de Antonio Leocadio Guzmán. Es lógico suponer que el entonces joven político -enviado a Lima por Páez- debió reflexionar profundamente, y con la sagacidad que siempre le caracterizó, sobre las circunstancias de un poder como el que ostentaba Bolívar en el año 1826. Instalado como héroe en palacios virreinales, con facultades jurídicas y prerrogativas personales casi ilimitadas, siendo objeto de todo aquel reconocimiento público y fervor popular. Bolívar, expectante con el joven Leocadio, le encomendaría el examen de su Proyecto de Constitución de Bolivia. Éste, ejecutando con creces la encomienda, publicó en la propia capital limeña un lisonjero opúsculo titulado *Ojeada al Proyecto de la Constitución que el Libertador ha presentado a la República de Bolívar*. Con el pasar de los años, Guzmán parece invertir los dividendos de toda esta experiencia para la posterior tramitación y afirmación oficial del culto bolivariano en





Venezuela. Cosechados también por su propio hijo y heredero político “Toñito Guzmán Blanco.

Como hemos propuesto en el desarrollo de todo este expediente, el culto heroico es la expresión –digámoslo así- más objetiva de una mitología política. Ésta, de una mayor complejidad y elaboración discursiva, es subsidiaria a su vez, de un determinado orden político. La arquitectura y dinámica ideológica de la misma se corresponde con la apropiación de aquellas manifestaciones espontáneas de la devoción popular, que posibiliten la identificación emocional con conceptos abstractos – como nación y república- que este mismo orden establece y transmite. Muchos personajes que conocieron en vida a Bolívar, ahora como dueños y administradores de los nacientes diseños republicanos, se percatarán de este modo, que fomentar la devoción hacia esta figura tendría mucho más penetración y alcance para las masas y sectores populares.

Éstas emocionalmente identificaban al personaje con la heroicidad, la audacia, el desprendimiento, y la probidad política, que en su memoria colectiva representaba ya - con autenticidad- su imaginario de héroe. Quizá mucho más urgidos por impostergables necesidades políticas que por obligadas deudas morales de carácter sentimental, aquellos contemporáneos de Bolívar, recaudarán sagazmente, y casi sin dejarlas menguar, las espontáneas y nacientes expresiones emotivas de este culto popular.

Para los herederos de la república, fomentar y mantener esta identificación con el héroe sería una representación más inteligible para sus gobernados –especialmente los sectores populares- a los efectos de comprender los todavía imprecisos conceptos de nación y república. Las diligentes gestiones en Venezuela de Cristóbal Mendoza, y los ya aludidos José Antonio Páez, Antonio Leocadio Guzmán; así como las de José “Pepe” Paris y Joaquín Mosquera en Nueva Granada, entre otros, por perpetuar la memoria del héroe parece así confirmarlo. Ello, no obstante la estima, consideraciones e incluso aprensiones, que en lo personal cada uno mantuvo hacia el personaje.

Esta es otra circunstancia que parece reafirmar pues, que las formas genésicas del culto a Bolívar comienzan a manifestarse durante su vida, según el análisis propuesto. Pese a toda la escenografía y argumentos de la apoteosis vivida por el personaje en los antiguos virreinos de Nueva Granada y Perú, no sería sino en su propio país de origen que su culto heroico –ya oficializado- no tendrá comparación. Esto, en virtud de sus particulares y heterogéneas formas de





interpretación, expresión a su vez de las complejas circunstancias socio-políticas, históricas e incluso culturales, inherentes al surgimiento y afirmación del imaginario republicano en Venezuela.

Epílogo

*Destruiré tus ídolos y piedras sagradas
para que no vuelvas a adorar jamás
a los dioses que tú mismo hiciste.*

Miqueas 5: 12 y 13

Unas experticias mínimas y quizá iniciales sobre la génesis, difusión e implicaciones del culto a Bolívar -comprendido en lo que hemos dado en llamar mitología política bolivariana- nos demanda, casi que inevitablemente a interpelar la heterogénea cultura nacional y latinoamericana. Especialmente con referencia a la creación de sus héroes y santos, como personajes que han trascendido sus propias circunstancias históricas hasta llegar a ser parte de la conmemoración popular y -por llamarla así- folklórica. Parece ineludiblemente de esta manera, interpelar las lógicas y las motivaciones de una vertiente de la cultura: la política.

Cultura política desde la cual es obligatorio -cuando no urgente- analizar el tramado y constitución de identidades nacionales, atravesadas por el sentido de una legitimidad, que cruza todo el carácter simbólico, nominal, así como el quehacer político de nuestros países. Tenemos desde esta perspectiva, unos cuadros históricos y socio-culturales de arraigada tradición épica y religiosa, fértil para la reiterada germinación espontánea, y rápida expansión, de liderazgos caudillistas y/o mesiánicos. El binomio héroe y caudillo, como representación del imaginario republicano, fue oportunamente cultivado por las elites gobernantes como soporte de su misma legitimidad -según lo hemos señalado- desde el mismo inicio de los primeros ensayos republicanos, y durante todo del siglo XIX.

Pero que una vez modernizados nuestros países, según el organigrama del capitalismo mundial, e implantada la arquitectura del mercado liberal, esta representación héroe-caudillo parece haber sido también objeto de su característica apropiación y conversión en mercancías. De suerte que aquellas





representaciones simbólicas del imaginario colectivo, antes patrimonio ideológico -casi exclusivo- del aparato político-institucional han sido sometidas igualmente a los eficientes engranajes de la industria cultural. En América Latina, las figuras de héroe, santo, y otros personajes históricos, confeccionados como contenidos ideológico-culturales, tampoco escaparon a esta suerte de envilecimiento mercantil.

Comparten el **stand** con Bolívar, Emiliano Zapata, Jorge Eliecer Gaitán, y sobremanera Ernesto “Che” Guevara, por nombrar los más representativos. Operan desde este punto de vista los mecanismos –o resortes- de la apropiación del inconsciente, lo que Silva (1984), analizando los procesos de producción ideológica, llegó a llamar *la plusvalía ideológica* (pp. 189 y 190). Desde esta perspectiva, Simón Bolívar ha sido convertido también en una mercancía.

REFERENCIAS

- Carrera Damas, G. (2013). *El culto a Bolívar. Esbozo para un estudio de la historia de las ideas políticas en Venezuela*. Caracas: Alfa.
- Castellanos, R. (1983). (Coord.). *Bolívar: Documentario de la libertad*. Caracas: Ediciones de la Presidencia de la República.
- Castro Leiva, L. (1991). *De la patria boba a la teología bolivariana*. Caracas: Monte Ávila.
- Blanco, J. F. y Azpurúa, R. (1978). *Documentos para la historia de la vida pública del Libertador*. Caracas: Ediciones de la Presidencia de la República.
- Bolívar, S. (2006). *Obras completas*. Caracas: Caracas: FIDES [Fondo Intergubernamental para la Descentralización].
- De Lacroix, L. (2007). *Simón Bolívar en el diario de Bucaramanga*. Caracas: Centauro.
- Fillipi, A. (1986). [Coord.] *Bolívar y Europa en las crónicas, el pensamiento político y la historiografía*. Caracas: Ediciones de la Presidencia de la República.





Herrera Luque, F. (2010). *Bolívar de carne y hueso y otros ensayos*. Caracas: Santillana-Alfaguara.

Hispano, C. (2007). *El libro de oro de Bolívar*. Caracas: El perro y la rana.

Larrazabal, F. (1983). *Bolívar*. Caracas: Ediciones de la Presidencia de la República.

Libermann, J. (1991). *Tiempo de Bolívar*. Caracas: Monfort-Ediciones de la Presidencia de la República.

Jung, C. (1969). *Teoría del Psicoanálisis*. Barcelona: Plaza& Janes.

Mijares, A. (1983). *El Libertador*. Academia Nacional de la Historia.

Pino Iturrieta, E. (2009). *Simón Bolívar*. Caracas: El Nacional –Biblioteca Biográfica Venezolana.

_____ (2006). *El divino Bolívar*. Caracas: Alfadil.

Polanco Alcántara, T. (1994). *Simón Bolívar: ensayo de una interpretación biográfica a través de sus documentos*. Barcelona: G.E.

Ramos, D. (1992). *Bolívar y su experiencia antillana. Una etapa decisiva para su línea política*. Caracas: Ediciones de la Academia Nacional de la Historia.

Salas de Lecuna, Y. (1987). *Bolívar y la historia en la conciencia popular*. Instituto de Altos Estudios de América Latina Universidad Simón Bolívar.

Silva, L. (1984). *La plusvalía ideológica*. Caracas: Ediciones de la Biblioteca de la Universidad Central de Venezuela.

Pino Iturrieta, E. (2013, Julio 28 “Bolívar y Chávez”. *El Nacional / Siete Días*, p.7).

_____ (2009, Junio 28. “Bolívar llegó a ser más poderoso que el Rey de España” *El Nacional/ Siete Días*, p. 4).

Prieto, H. (2008, Julio 13) “La compañía de Bolívar viste mucho, pero no sirve para nada” [Entrevista a Elías Pino Iturrieta *Últimas Noticias*, pp. 46 – 47].





Morón, G. (2010, Agosto 2). "Bolívar no necesita más investigación; ya toda está hecha"
El Nacional, p. A-2

RESUMEN CURRICULAR

José Rondón Narváez

Magister en Educación, y Profesor en Ciencias Sociales por la Universidad Pedagógica Experimental Libertador Instituto Pedagógico "Rafael Alberto Escobar Lara". Actualmente labora como profesor para esta misma institución. Perteneció al *Centro de Investigaciones Contemporáneas* (CINCO). Ha participado como ponente en eventos nacionales e internacionales, y dictado cursos y seminarios de pre grado y posgrado para la Universidad Experimental Simón Rodríguez y la Universidad de Carabobo. Forma parte del Programa de Estímulo a la Investigación (PEI) desde el año 2011. Ha publicado con anterioridad en la Revista *Dialógica*.

